

Veintinueve destinos (Un ensayo de microhistoria)

A través de esta colectiva, *Hoy es siempre, Bellas Artes, 1968-2018*, puesta bajo el signo de la Victoria de Samotracia, intentar entender algunas cosas sobre el destino del artista de nuestro tiempo español, y concretamente sobre el de unos cuantos que por azar coincidieron en el tiempo, en San Fernando, entre 1963 y 1968 (el año del Mayo francés, y de la Primavera de Praga aplastada por la URSS), y cuyos caminos, como podrá comprobarse, han sido de lo más diversos. Tan diversos, que lo admirable es que sin embargo conserven intactas una juvenil y rubeniana “sed de ilusiones infinitas”, que se materializa en ganas de verse, de reunirse, de compartir, de polemizar entre sí (me imagino), de reflexionar sobre el destino, sobre los distintos destinos que les ha deparado la vida.

Volver sobre la España tardofranquista de los sesenta es volver sobre un tiempo en que en San Fernando enseñaban el fundidor Eduardo Capa, Francisco Echauz, Manuel López Villaseñor, Luis Marco Pérez, Manuel Martínez Chumillas, Rafael Martínez Díaz, Victoriano Pardo Galindo, Francisco Soria Aedo, Gregorio Toledo, el crítico Joaquín de la Puente o el poeta Joaquín Gurruchaga. Un abanico que va de lo francamente *pompier* (Soria Aedo o, en escultura Luis Marco Pérez) a las cercanías de un cierto *pop art*, caso de Echauz, que con el tiempo llegaría a decano, y del que hace poco vi en una colección zaragozana un sorprendente retrato “sixties” de un prócer local. Toledo también debe catalogarse entre los académicos, pero hoy conocemos su espléndida efigie de Federico García Lorca en albornoz amarillo. De Martínez Díaz me ha hablado Miguel Galano (alumno ya de la Escuela convertida en

Facultad), y si el padre de aquel profesor, el también pintor Eduardo Martínez Vázquez, apenas se había movido del naturalismo, él llegó hasta la poética de la Escuela de Madrid. Con Joaquín de la Puente, que sabía mucho del arte español circa 1900, en los años de la Transición los “nuevos” tuvimos nuestros más y nuestros menos, porque no estábamos de acuerdo con sus prioridades al frente del MEAC. En cuanto a Gurruchaga, el gran amigo de juventud de Gabriel Celaya, hasta hace poco ni los estudiosos de las vanguardias conocíamos su nombre, y menos su obra poética. En parecida clave vanguardista se había movido en su juventud el arquitecto y compositor Martínez Chumillas, uno de los madrileños del GATEPAC.

Esta promoción vivió el paso de Escuela a Facultad, de la calle de Alcalá a la Universitaria. Aquel tránsito provocó sus debates, y condujo a una novedad: que de repente los catedráticos, tuvieran que ponerse a redactar, en muchos casos tardíamente, tesis doctorales.

Los caminos que se les ofrecían a aquellos aprendices de artistas eran principalmente figurativos. Entre los profesores resulta increíble que no hubiera entonces ninguno que practicara la abstracción. Sin embargo, de 1948 en adelante, esa abstracción, vía Altamira, Pórtico, Dau al Set, Parpalló, El Paso, Equipo 57 y otras agrupaciones, había irrumpido con fuerza, adquiriendo carta de naturaleza oficial ya en la Primera Bienal Hispanoamericana, celebrada en Madrid en 1951, e inaugurada por Franco. Luego vendrían los triunfos de los abstractos en las bienales de Venecia, São Paulo y Alejandría, con Luis González Robles como *factotum*. A nivel museístico, todo esto empezó a encontrar un reflejo a partir del momento en que el arquitecto José Luis Fernández del Amo pasó a dirigir el Museo de Arte Contemporáneo. En el campo de las galerías privadas,

la más renovadora de aquel Madrid era la de Juana Mordó, inaugurada en 1964. Dos años más tarde, abría sus puertas el Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca. Pero ya entonces, la abstracción coexistía con la Nueva Figuración de Barjola (futuro profesor en San Fernando) o de los del Grupo Hondo, el realismo cotidiano madrileño, el experimentalismo de ZAJ o de Alberto Greco, Estampa Popular, la Crónica de la Realidad... Algunos de los artistas reunidos ahora llegarían con el tiempo a la abstracción, pero en sus inicios todos fueron figurativos.

Sala de gran solera, y lugar donde se celebra la presente exposición, en los años cincuenta y sesenta el Ateneo de Madrid fue uno de los espacios más modernos de la capital. En él expusieron todos los de El Paso (excepto Saura), y además Lucio Muñoz, Mompó, Rueda, Tàpies, Cuixart, Ràfols, Villèlia y muchísimos otros abstractos patrios, y forasteros ilustres como Hartung o Mathieu, y también figurativos como Antonio López García (que sería profesor en San Fernando, donde tendría muchos discípulos) o Carmen Laffón, y Fernando Nuño y algún otro fotógrafo...

Pero es hora de examinar los veintinueve destinos anunciados en el título de estas líneas.

Marta Cárdenas, donostiarra como su marido, el gran compositor Luis de Pablo, evolucionó desde el ya muy interesante realismo penumbriista con que ya sabía decir el silencio de las cosas en sus tiempos de la Asociación Artística de Guipúzcoa, a una versión muy personal de lo que con Elaine De Kooning llamaremos el impresionismo abstracto. Nada tiene de extraño que Fernando Zóbel, el fundador de la citada pinacoteca conquense, fuera coleccionista de su pintura desde que la descubrió en 1968. Una pintura luminosa, feliz, que, con Monet, Cézanne o Bonnard en la memoria, habla de ríos,

bosques, praderas, la Sierra, cielos, el Cantábrico... Instantes fugaces, convertidos en cuadros, o como dice ella misma: "El espíritu y la estética del apunte, en cuadros grandes". Importancia previa del papel, del dibujo (ya José María Moreno Galván, en 1974, citó a su propósito los de Whistler), y de los cuadernos, a través de los cuales se pueden seguir sus indagaciones artísticas, literarias, vitales, así como el impacto que Oriente, y más concretamente la India, han tenido sobre su visión del mundo. La exposición más completa que se le ha dedicado hasta la fecha es la que tuvo lugar al año siguiente en su ciudad natal, en el Kubo, con Alfonso de la Torre como comisario; en 2004, ya había expuesto en el Koldo Mitxelena, con un colega más joven, Álvaro Machimbarrena, en ese papel. En Madrid, ha celebrado individuales en Península, Kreisler Dos, AeLe, Theo, Celini, Estampa, Soledad Lorenzo, Luis Burgos... Elegía de las salas desaparecidas.

El asturiano Bernardo Sanjurjo, que inició su formación en Artes y Oficios de Oviedo –escuela de la que sería profesor, y director entre 1975 y 1990- y en el Círculo de Bellas Artes, fue objeto, en 1971, es decir, poco después de terminar sus estudios, y cuando era profesor en Artes y Oficios de la capital, de una individual en el Ateneo, con catálogo con textos del ya citado Joaquín de la Puente y del poeta Luis López Anglada. Dos años más tarde, Moreno Galván prologó el de su individual en la Galería Marqués de Uranda, de Gijón, y el novelista leonés Luis Mateo Díez el de la que celebró en Tolmo, de Toledo. Paisajista en sus inicios, hoy es abstracto, post-rothkiano, romántico (Javier Barón *dixit*), silencioso, meditativo... Amigo de los rojos y los negros y los azules y los amarillos, también ha practicado el arte del mural. En el campo del libro de bibliofilia ha contado con la complicidad de poetas como Antonio Gamoneda (que en

1971 lo había incorporado a la programación de la Sala Provincia de León), Olvido García Valdés, José-Miguel Ullán o más recientemente Xuan Bello. Ha expuesto en el Museo de Bellas Artes de Asturias, de Oviedo, en 1986 y 2002, y en el Palacio de Revillagigedo de Gijón en 1996. Su última muestra madrileña, celebrada en 2010 en el Círculo de Bellas Artes, con Fernando Castro Flórez como comisario, se tituló *Pintura germinal*.

El cántabro Celestino Cuevas es pintor guadianesco e inasible, en el cual por mi parte me fijé en el año de la polka, en un anuario español establecido en 1966 por alguien a quien no llegué a conocer, el crítico de arte norteamericano Bill Dyckes, amigo de Fernando Zóbel, un cuadro del cual se reproduce en cubierta, y que fue quien, tres o cuatro años después, me entregó mi ejemplar. La primera individual madrileña de Cuevas había tenido lugar en 1964 en Arteluz, óptica de la calle Luchana que consta en los anales de aquella década porque en ella expusieron Quejido, el ZAJ José Cortés y otros entonces *angry young men*. Luego fue Fefa Seiquer quien enseñó la obra de Cuevas en la capital. Profeta en su tierra, anotemos su reivindicación como artista inquieto, inconformista y “a la intemperie”, por su hoy colega José Aja, exalumno suyo en el Instituto de Reinosa, así como sus muestras en Siboney, Caja Cantabria (en el catálogo lo entrevista Óscar Alonso Molina), el Museo de Santander, y la Sala Robayera de Miengo. Pintor con mucha retranca, figurativo o abstracto según las épocas, se ha permitido algún excursus conceptual.

En el extremo opuesto estaría Juan Adriansens, nacido en La Habana de padre diplomático español y madre cubana, y que a sus ochenta y dos años es el decano del grupo reunido en esta ocasión. Figura hoy mediática por sus novelas y sobre todo por su participación como

contertulio en programas radiofónicos y televisivos, practica un realismo enraizado en la tradición. Su primera individual tuvo lugar en 1973 en Heller, galería madrileña que estaba especializada en figuraciones raras, donde repetiría en 1987; antes, en 1978, había expuesto en Ynguanzo, sala más “de vanguardia”. La segunda de las dos exposiciones en Heller, *La piedra y el agua*, se había visto antes en nuestra Academia de Roma. Presente en varias colectivas de tendencia, seguro que le hizo especial ilusión la titulada *Realismo fantástico en España*, celebrada en 1978 en el Palacio Palffy de Viena. Los temas de Adriansens son Venecia – objeto del cuadro que aquí lo representa-, las viejas paredes, las viejas puertas y los llamadores herrumbrosos, los bodegones...

También inscrita en un realismo fantástico, y también perteneciente en su día a la escudería de Heller, y para más *inri* también expositora luego en Ynguanzo, Margarita Cuesta fue otra de las participantes en aquella colectiva del Palacio Palffy. En 2014 ha celebrado una individual en Casa de Vacas.

Como su condiscípulo Adriansens, María José Romero, granadina, y profesora, compagina pintura y literatura. En el segundo de estos campos cabe señalar que en 2007 obtuvo el Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística por su poemario *La llama en el cristal*. Aquí presenta una alegoría cervantina.

El pintor y grabador mallorquín Antonio de Ignacio (1944-2011), profesor en la Facultad, y en diversas escuelas, practicó una figuración onírica, con ribetes eróticos, por lo que no resulta sorprendente que su tesis doctoral –seguimos en Viena, en lo que Jean Clair llamó su “apocalipsis alegre”- versara sobre Gustav Klimt.

Pintor y grabador, Eugenio López Berrón cuenta con museo unipersonal en Gotarrendura, su pueblo natal

abulense. Ha pintado al universo de Santa Teresa, y ciudades como la propia Ávila, Praga, y sobre todo Madrid. De Antonio Manuel Campoy son estas frases: “El Madrid de López Berrón es un paisaje urbano humanizado, voluntariamente desposeído del tremendo costumbrismo solanesco [...] López Berrón es el testigo de las eternas horas plateadas de Madrid, el cronista de sus crepúsculos transparentes de grises”. Y también: “El Madrid del maestro López Berrón es ese por el que nos gustaría pasear acompañando a Ramón Gómez de la Serna”.

Puri del Palacio, frecuente expositora en Vigo y otras localidades de su tierra, es pintora que brusca y eclécticamente pasa de la Academia al pop y de este al hiperrealismo, sin que falten ramalazos expresionistas. Cultiva el paisaje, la marina –terreno en que a mi modo de ver alcanza su acento más personal-, el bodegón, el retrato, el desnudo... En lo que llama *Divertimentos de academia* ha versionado a pintores del pasado. En una entrevista reivindica a Monet, Lucian Freud o Paula Rego, pero también... a Isabel Guerra, “la monja pintora”.

José María García Gutiérrez (1932-2010) y su hoy viuda, María Luisa Chico, cuentan desde 2013 con una fundación en Cuenca, dedicada a sus respectivas obras. García Gutiérrez fue profesor de dibujo y perspectiva geométrica en la Facultad. Los suyos están muy alejados de la geometría, y emparentados en cambio con un cierto surrealismo. También cultivó el cine y la sociología. En cuanto a los cuadros de María Luisa Chico, no pueden ser más distintos de esos dibujos, pues se trata de visiones intimistas: las aguas del Júcar, interiores, floreros, bodegones... La pintora completó estudios con Amadeo Roca y el grabador Teodoro Miciano. Ha sido profesora en un Instituto, ha pintado murales, ha

restaurado pintura y practicado la cerámica... Su obra, expuesta en 1982 en el madrileño Estudio Soto Mesa, la calificó Carlos de la Rica, sacerdote, poeta y editor conquense, de “grata, tocada por la gracia”.

La madrileña Rosa Castellot, que antes de ingresar en San Fernando pasó por Artes y Oficios y por la Academia Peña, ejerció la docencia en Logroño, donde se casó con otro riojano adoptivo, el escultor canario Félix José Reyes Arencibia. Sus dibujos, morosamente trabajados, nos hablan de Santa Lucía de Ocón y otros parajes de la apartada orilla riojana en que hoy mora: colinas, bosques, la nieve, un cielo de tormenta, el Ebro a su paso por la Rioja, el Ebro al que ha dedicado una exposición entera, celebrada en 2016 en el Palacio de Montemuzo, de Zaragoza... Lo lírico, sobria y contenidamente, hace aquí acto de presencia, y tienen razón José Carlos Balanza cuando considera que la suya es una actitud a lo Caspar David Friedrich, y Juan José Gómez Molina (enseguida hablaremos de él) cuando elogia “la mirada del cazador”. *Un pequeño mundo*, sí, por remotar el título de una de sus individuales, pero de muy especial intensidad.

El burgalés Fernando González Llorente, “Arcello”, que sería profesor en la propia Facultad, es adicto a las vistas urbanas: Burgos, Madrid –el Palacio de Cristal, la antigua sede de *ABC*, la mole del Círculo de Bellas Artes-, Nueva York, Cuenca... Versátil, ha abordado además motivos mitológicos, el cabaret, el séptimo arte... En Burgos ha expuesto en Mainel, la benemérita librería-galería del pintor Luis Sáez. En 2017 presentó en la Sala del Arco de Santa María una muestra titulada *De la copia a la abstracción*, donde coexistían cuadros de carácter no-figurativo (inesperado avatar de su arte), y versiones de los maestros de antaño. En este último campo se ha enfrentado a impresionistas y post-impresionistas, y más

atrás en el tiempo, al Bosco, Velázquez, Goya y otros maestros del Prado, donde ha sido copista.

Al pintor madrileño Francisco Soto Mesa, cuyo citado Estudio en el Barrio de las Letras es en realidad una importante escuela privada de arte, con cuarenta años de existencia, lo descubrí en 1981, cuando María Corral lo incluyó en aquella histórica colectiva *Otras figuraciones*, de La Caixa, donde también estaban Juan Antonio Aguirre, Alcolea, Carlos Franco, Gordillo, Pérez Villalta y Quejido, más tres inclasificables, él, Alfonso Galván y Gabriel Pérez Juana, más dos entonces “nuevos salvajes” que venían del conceptual, García Sevilla, y Barceló. De formación figurativa y con una querencia por la metafísica parecida a la que sentía su amigo Julián Gil, ya en esas obras enseñadas en La Caixa despuntaba como geómetra, acentuándose todavía más eso en los cuadros que en 1986 integraron su muestra *Madrid: Ventanas*, en el Centro Cultural de la Villa. Su obra ha sido enseñada por Edurne, por Egam, por la Galería 57: seguimos con la letanía de las salas desaparecidas... Soto Mesa, pintor riguroso, probo, concentrado, sabe conciliar una actitud repetitiva, casi obsesiva, de volver y volver sobre ciertos motivos, y una gran apertura al mundo en torno, todo ello con su dosis, también, de humor. En sus catálogos, además de textos de diversos críticos, encontramos otros de colegas: el mencionado Pérez Juana, Luis Fernando Aguirre, Luis Canelo...

De todos los nombres que se trata de evocar aquí, el incansable, entusiasta y siempre recordado Juan José Gómez Molina (1943-2007), es el más polifacético, y el más difícil de ubicar. Además de pintor era fotógrafo, y en ese campo hay que recordar su presencia entre los fundadores de *Nueva Lente*. Sus instantáneas de su pueblo natal, Carcelén, en la provincia de Albacete que

él tanto amaba y parte de la cual nos enseñó (incluida la maravilla de Alcalá del Júcar), son excepcionales. En un registro de sociología suburbana objetivista, pero con unas dimensiones bodegonística y luminista verdaderamente notables, también es muy interesante su ciclo *Casa de Campo*, de 1978. Fervoroso partidario del retorno a la pintura tras los devaneos conceptuales, como pintor es autor de obras sublimes e inspiradas, destacando sus paisajes sombríos e intensos, entre simbolistas y metafísicos, que enseñó en Madrid, en 1989, en Albatros, una de la salas que se ocuparon de su obra, entre las que también cabe mencionar Seiquer, el propio Ateneo, Redor, el Photo-Centro, Egam, La Caja Negra, Tercer Espacio (de nuevo Soto Mesa), las barcelonesas Vinçon y Dau al Set, o Luis Adelantado en Valencia. No olvidemos tampoco al profesor errante (sucesivamente en las facultades de Barcelona, Salamanca, Cuenca, y Madrid), ni al teórico –su ciclo de libros sobre el dibujo es de referencia obligada-, ni al videoartista, ni al escultor, con algunas de cuyas criaturas me he tropezado hace poco en Getafe, en el patio del edificio principal de la Universidad Carlos III, que para mí sigue siendo... mi cuartel del RACA 13.

Antonia Payero, exprofesora en la Facultad, cultiva hoy una pintura expresionista y desgarrada, de gran intensidad cromática y temática feminista, que desde 1981 expone en Orfila. Cuando la conocimos andaba en aguas turbulentas, en su condición de cofundadora, con José Luis Mata, y en la Palma de Mallorca de 1975, del Atelier Bonanova, centrado en la poesía visual y en el arte postal, y organizador de diversas exposiciones, la primera de las cuales, celebrada en 1978 en esa pequeña gran galería segoviana que fue la Casa del Siglo XV, fue una colectiva internacional de *mail art*, como entonces se decía, titulada, también en inglés,

Black on White. El Atelier estaba claramente posicionado en la extrema izquierda: lucha anti-imperialismo USA y anti-OTAN, homenaje a Paul A. Baran, y hasta una propuesta de boicot con ripio, *La hora oficial beneficia al capital...* Con ese colectivo, la pintora participaría en *Fuera de formato*, primera recapitulación exhaustiva del conceptualismo español, celebrada en 1983 en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, y en 2005 en una de las exposiciones del ciclo *Desacuerdos*, que entre otros sitios se vio en el MACBA de Barcelona y en el Centro José Guerrero de Granada.

Único representante de la escultura en esta muestra abrumadoramente pictoricista, el abulense Fausto Blázquez, que antes que en San Fernando estudió en Artes y Oficios de su ciudad natal, empezó en el ámbito de una figuración clasicista. Por ese lado van las obras que realizó cuando estuvo pensionado en nuestra Academia en Roma. Tras haber sido profesor en las facultades de Sevilla y Madrid, hoy trabaja en clave geométrica, minimalista, aunque de un minimalismo matizado por la emoción: recordemos sus *Estructuras habitables*. Una de sus individuales ha tenido lugar en Tercer Espacio, sala dependiente del Espacio Soto Mesa.

De la segoviana Marina Llorente Coco, pintora de bodegones y floreros, grabadora, fotógrafa, y ella también profesora, recordamos sus finos dibujos en *Saber Leer*, excelente revista, por desgracia desaparecida, que publicaba la Fundación Juan March. En 2016 su *Último proyecto* se vio sucesivamente en el Ateneo y en el Palacio de Quintanar de su ciudad natal – catálogo prologado por José María Parreño-, donde también cabe anotar su presencia, con un grabado, en la carpeta en homenaje a María Zambrano editada en 1982 por la ya citada Casa del Siglo XV. En 1990 le dedicó un

texto Concha Zardoya, que termina así: “Marina Llorente no busca la poesía de lo absurdo que anhelaba –por ejemplo- Magritte, sino la poesía de la realidad cotidiana que nos acompaña para salvarnos de la soledad metafísica”.

Al pintor y grabador Juan Pita, madrileño residente en Segovia, donde ejerce la Arquitectura –su otra carrera-, también lo ha defendido La Casa del Siglo XV, donde celebró dos individuales, colaborando además en la citada carpeta zambranesca de 1982, y dos años más tarde en otra en homenaje al folklorista Agapito Marazuela. En la época de la Transición publicó dibujos y fotomontajes de humor negro en *La Codorniz* y *Hermano Lobo*. En 2016 La Alhóndiga segoviana acogió una retrospectiva de su obra. En su propia ciudad de residencia ha expuesto además en el Torreón de Lozoya, y en dos ocasiones en la Casa de los Picos. La obra actual de Juan Pita, expuesta en Madrid por David Bardía, es abstracta (aunque en ocasiones se cuelen sugerencias geológicas), digital y vertiginosa. La agrupa en series: *Variaciones sobre el caos*, *Texcollages*, *Cibercollages*, *Urbanollages*...

Un tercer pintor y grabador segoviano (de Cuéllar), Ángel Salamanca, ha desarrollado parte de su carrera de profesor en Puerto Rico. De esa etapa, recordemos sus retratos de Pablo Casals, y de Humberto López Morales. Profesor luego en varios Institutos de la península, en 1987 expuso en el ya citado Torreón de Lozoya.

Dedicados ante todo a la enseñanza, mencionemos para terminar a Gloria Álvarez Supervía, pintora y grabadora cuya obra puede adscribirse también al realismo fantástico; a Mari Carmen Bujalance, exprofesora en la Universidad Laboral de Cheste, y hoy afincada en Málaga, donde en 2016 expuso su ciclo *Las*

razones del agua en la Sala Manuel Barbadillo; a Manuel Carrasco; a María Isabel Espí, exprofesora en el Liceo Europeo de Madrid, y comisaria de esta exposición; al bilbaíno José María González Caballero, también exprofesor en Cheste, y que sigue en Valencia; a Rufino López España, participante en colectivas en Vandrés y Kandinsky; a Antonio Ramos Notario, cuya obra colorista y laberíntica pronto podrá contemplarse en la Casa-Museo que proyecta en su pueblo natal malagueño de Sierra de Yeguas; al grancanario Luis del Real Almeida, que fue alumno de Felo Monzón en la Escuela Luján Pérez de Las Palmas; y a la gallega Margarita Vázquez de Parga, que como ilustradora –también se ha dedicado a la cerámica- consiguió en 1975 el prestigioso Premio Lazarillo.

Veintinueve artistas, tres de ellos prematuramente desaparecidos. Veintinueve historias, veintinueve destinos, a la vista está que variopintos.

A Carmen Aguayo, in memoriam

JUAN MANUEL BONET